

Sergio; espérame aquí, no te vayas, volveré en seguida.

—¿A dónde va usted, tío?

—Es posible que vaya á verla, Sergio; todo se arreglará, créeme; todo se explicará y tú... tú te casarás con ella; te doy mi palabra.

Salió y bajó al jardín; yo desde la ventana le seguía con la vista.



## LA CATÁSTROFE

**M**E quedé sólo. Mi situación era intolerable; mi tío aspiraba á casarme á viva fuerza con una mujer que no me quería. Yo sentía que iba perdiendo la cabeza en un tumulto de pensamientos. No dejaba de reflexionar en lo que me había dicho Mizintchikov. Era preciso, á cualquier coste, salvar á mi tío. Hasta llegaba á notar la necesidad de ir en busca de Mizintchikov y decirselo todo.

¿Pero dónde estaba mi tío? Con intención de buscar á Nastasia había salido hacia el jardín. Apoderóse de mí la idea de una cita clandestina, y esta idea me causaba una desagradable impresión. Recordé la alusión que Mizintchikov había hecho á la posibilidad de una relación secreta... Pero después de pen-

sarlo un rato, aparté de mí con indignación aquella idea. Mi tío era incapaz de mentir; no había duda.

Pero mi inquietud iba en aumento. Casi inconscientemente salí y me dirigí hacia el fondo del jardín, siguiendo la avenida por cuyo extremo había visto desaparecer á mi tío.

Se alzaba la luna; yo conocía perfectamente el parque y no experimentaba temor de perderme.

Al llegar al antiguo emparrado, junto al estanque abandonado y fangoso, en un lugar escondido, me detuve de pronto; del cenador procedía una voz. No podría describir el extraño sentimiento de contrariedad que me invadió. Ni un momento dudé que las voces aquellas pudieran ser de nadie más que la de mi tío y la de Nastassia, y seguí acercándome para calmar mi conciencia, al comprobar que no me había extraviado y que no procedía furtivamente.

De pronto, el chasquido de un beso pudo oírse claramente y más tarde algunas palabras dichas con vivacidad; luego un grito de mujer. Una muchacha vestida de blanco huyó del emparrado y pasó junto á mí como un pájaro. Creí que ocultaba el rostro entre las manos para no ser reconocida. Sin duda me había visto desde el escondite.

Pero cual no sería mi estupefacción al

ver que el hombre que salió en pos de la muchacha no era otro que Obnoskine, que, según Mizintchikov, se había marchado hacía tiempo. Se le veía confuso: había desaparecido toda su insolencia.

—Perdóneme; no esperaba encontrarle aquí—exclamó balbuceando las palabras y sonriendo con una risa forzada.

—Tampoco yo—contesté con aire burlesco,—tanto más cuanto creí que se había ido ya.

—No señor, sólo fui á acompañar á mi madre. Permítame que le hable como se merece un hombre generoso.

—¿De qué?

—Hay circunstancias en la vida en que un hombre de corazón está obligado á dirigirse á la generosidad de sentimientos de otro hombre de corazón... Supongo que me comprenderá usted.

—No lo crea; no entiendo ni palabra.

—¿Ha visto usted á la mujer que estaba conmigo en el emparrado?

—La he visto; pero no la he reconocido.

—¡Ah! ¿no la ha reconocido usted? Pronto llamaré mía á la mujer esa.

—Le felicito á usted, pero ¿en qué puedo serle útil?

—En una sola cosa, guardando acerca de esto el secreto más profundo.

Me preguntaba quién podría ser la dama misteriosa. ¿No sería?...

—Realmente, yo no sé...—le contesté.

—Supongo que me dispensará, pero no puedo prometer...

—No; se lo ruego, por Dios—suplicó Obnoskine.—Póngase usted en mi caso; es un secreto. Usted mismo podría hallarse en una situación análoga y yo entonces...

—Silencio. Viene alguien.

—¿Por dónde?

—Sin duda es Foma—murmuró Obnoskine temblando;—le he reconocido en el paso. ¡Dios mío! También se oyen pasos por el otro lado. ¿Ve usted? Adios; muchas gracias... le suplico...

Obnoskine desapareció, y poco después estaba delante de mí mi tío.

—¿Eres tú?—interrogó trémulo.—Todo está perdido, Sergio, todo está perdido.

—¿Qué es lo que está perdido?

—Ven—me dijo angustiosamente, y cogiéndome la mano con fuerza me arrastró con él.

Durante todo el trayecto que nos separaba del pabellón no habló ni una palabra, ni me permitió á mí hablar. Esperaba algo extraordinario y no me equivoqué. Apenas llegamos se sintió mal. Estaba pálido como un muerto. Le rocié con agua fría y medité entretanto sobre lo que habría motivado aquel des-

vanecimiento de un hombre de su fortaleza.

—¿Qué tiene usted, tío?—pregunté.

—Todo se ha perdido, Sergio. Foma me ha sorprendido en el jardín con Nastassia en el momento en que yo la besaba.

—La besaba usted... en el jardín—exclamé al mismo tiempo que le miraba sin comprender.

—En el jardín. Me sentí arrastrado al pecado. Fui allí en busca de ella. Quería hablarla para hacerla entrar en razón, con respecto á tí. Me esperaba desde una hora antes, junto al estanque al lado del banco roto... Va allí siempre que necesita hablar conmigo.

—¿Muchas veces?

—Muchas veces. Desde hace tiempo nos reunimos allí casi todas las noches. Pero sin duda nos han vigilado. Sé que nos acechaban y que la autora de todo esto es Anna Nitovna. Habíamos tenido que interrumpir las entrevistas durante cuatro días; pero hoy era necesario ir; ¡ya lo sabes! ¿Cómo la hablaría de otro modo? He ido allí con esperanza de encontrarla. También ella quería hablarme; necesitaba comunicarme con ella.

—¡Dios mío, qué imprudencial! ¡Sabía usted que les vigilaban!

—Sergio, la circunstancia era crítica; teníamos cosas importantes que decir-

nos. De día ni me atrevo á mirarla; ella fija la vista en un lado y yo en el opuesto, como si ignorase su existencia. Pero durante la noche nos vemos y podemos hablar á nuestro gusto...

—¿Y qué más?

—Pues, bien; ni siquiera he tenido tiempo de decirla unas cuantas palabras; mi corazón parecía que iba á despedazarse de tan fuerte como palpitaba; empecé á llorar... Iba á procurar convencerla de que debía casarse contigo, cuando me contestó: «¿Es que no me quiere usted? Es que no vé las cosas como son.» Y he aquí que repentinamente se echa á mis brazos y rompe en sollozos. «Yo no quiero á nadie más que á usted—me dijo—y no me casaré con nadie. Hace mucho tiempo que le quiero; pero tampoco me casaría con usted, porque mañana mismo iré á encerrarme en un convento».

—¡Dios mío! ¿pero ha dicho eso? ¿Y después? ¿y después?

—De repente veo que Foma está delante de nosotros. ¿De dónde llegaba? ¿Se habría ocultado detrás de los árboles para presentarse en el momento oportuno?

—¡Cobardel!

—No tuve el corazón suficiente. Nastenka huyó y Foma Fomitch pasó á mi lado en silencio y amenazándome con

su ademán. ¿Comprendes, Sergio, comprendes qué escándalo?

—Sí, lo comprendo.

—¡Lo comprendes!—exclamó mi tío desesperado.—¡Lo comprendes! quieren perderla á toda costa, deshonrarla, hacerla despreciable; buscaban un solo pretexto para imprimir en ella el sello de la infamia y poder despedirla. Ya encontraron el pretexto. Se ha dicho que entre ella y yo existían las más vergonzosas relaciones; también dijeron que las tenía con Vidopliassov. La que extendió estos rumores fué Anna Nitovna. ¿Qué va á ocurrir? ¿Qué pasará mañana? ¿Hablará Foma?

—Hablará, tío, sin duda.

—Si hablase, aunque solo fuese...—murmuró mi tío mordiéndose los labios y apretando los puños.—Pero no; no puedo creerlo. No dirá nada; tiene buen corazón; sentirá compasión por ella...

—Que tenga ó no piedad por ella—contesté resueltamente—el deber suyo es el de pedir mañana mismo la mano de Nastasia Engrafovna.—Y como me mirase fijamente, añadí:—Comprenda usted, tío, que si la aventura se divulga, esa mujer está deshonrada. Es preciso prevenir el mal lo antes posible. Debe usted mirar á todos de frente, con valor y dignidad y hacer la petición sin dis-tingos, burlándose de cuanto puedan

decir y aplastando á Foma, si tuviese la audacia de pronunciar una sola palabra.

—Sí, amigo mío—exclamó mi tío—ya lo había pensado.

—¿Y cuál resolución fué la que adoptó?

—La misma. Mi decisión estaba adoptada desde antes de empezar á hablarte del asunto.

—¡Bravo, tío!—y le apreté entre mis brazos.

Hablamos mucho tiempo. Le demostré la necesidad absoluta en que se encontraba de casarse con Nastenka y que él comprendía ya mejor que yo. Mi elocuencia llegaba al paroxismo. Me sentía feliz. Experimentaba la dicha de verle impulsado por el deber. No sé si de otro modo habría tenido nunca bastantes energías. Pero era esclavo de su deber. Sin embargo, no comprendía como se arreglaría la cuestión. Sabía, creía ciegamente que mi tío no vacilaría en cumplir su deber; pero me preguntaba á mí mismo dónde encontraría bastantes fuerzas para luchar contra su familia. Por esta razón hice cuanto pude por impulsarle y me empeñé en dirigirle con todo mi ardor juvenil.

—Tanto más... tanto más—le decía, —cuanto que ahora se han disipado ya sus últimas dudas. Se produjo lo inesperado;

pero todos habían notado ya que Nastassia le quería. ¿Permitiría usted que un amor tan puro se convirtiese para ella en vergüenza y deshonra?

—¡Jamás! ¿Soy digno de tanta felicidad?—exclamó echándoseme al cuello.—¿Por qué me ama? ¿Qué motivo hay para que me ame? No hay en mí nada que lo justifique... En comparación con ella, yo, soy viejo... No podía esperar... Escucha Sergio, me preguntabas hace poco si estaba enamorado de ella. ¿Qué significaba esa pregunta?

—Veía que la quería usted con el mayor cariño; la quería usted sin darse cuenta de ello. Piénselo usted; me hizo usted venir y deseaba usted casarme con ella para tenerla de sobrina y estar siempre á su lado.

—¿Me perdonas, Sergio?

—¡Por Dios, tío!

Una vez más nos abrazamos. Insistí:

—Advierta usted, tío, que todos estarán contra usted y que necesita armarse de valor y caer sobre todos ellos mañana lo más tarde.

—Sí, sí, mañana—repetió pensativo.—Son necesarios mucho valor, y mucha generosidad, y mucha firmeza.

—No se intimide usted por nada.

—No, Sergio, no me intimidaré. Pero no sé por donde empezar.

—No se preocupe de eso. Mañana la

suerte lo decidirá todo. En cuanto á hoy, aplíquese á recobrar la calma. Es inútil reflexionar; no le consolará á usted eso. Si Foma se permite alborotar es necesario despedirle y destruirle para siempre.

—Acaso sea posible no tener que echarlo. Mira lo que he decidido. Mañana iré á su habitación con aire de buen humor. Le diré cuanto ocurre igual que te lo estoy diciendo. Sin duda es bastante generoso para comprenderme; no hay nadie más generoso que él. Solo me preocupa una cosa. ¿Habrá anunciado mi madre á Tatiana Ivanovna, mi petición? Eso sería lo único desagradable.

—No se atormente usted por Tatiana Ivanovna—y le conté la escena del cenador con Obnoskine, pero sin pronunciar el nombre de Mizintchikov. Mi tío quedó asombrado.

—¡Qué mujer más extraña! ¡Verdaderamente extraña! Quieren engañarle aprovechando su sencillez. De modo que Obnoskine... ¡Pero si se había ido! ¡qué cosas tan raras! Sergio, estoy anonadado... Sería preciso averiguar y adoptar medidas. ¿Pero estás seguro de que era Tatiana Ivanovna?

Contesté que según todos los indicios, no podía ser más que Tatiana, aunque no le había podido ver el rostro.

—¡Hum! ¿Y no podía tratarse de una

intriga con cualquiera del cortijo y á quien hubieses tomado por Tatiana? Podría ser muy bien esa pícara de Dasha, la hija del jardinero. Te lo digo porque se sabe de cierto. La ha acechado Ana Vilovna... Pero no, puesto que él hablaba de casarse... Es raro.

Nos separamos al fin, no sin antes abrazarnos por última vez.

—¡Mañana! ¡Mañana!—repetía—todo se arreglaría antes de que te levantes. Iré á ver á Foma y me comportaré noblemente; le abriré el corazón y le mostraré todos mis pensamientos como á un hermano. Adiós, Sergio; que descanses; estás fatigado. En cuanto á mí lo más probable es que no pueda cerrar los ojos en toda la noche.

Salió; yo me acosté en seguida, muy cansado, rendido, porque la jornada había sido pesadísima. Sentía los nervios destrozados y antes de conciliar el sueño por completo, me desperté varias veces sobresaltado. Pero por extrañas que fuesen mis impresiones de aquel día, no estaba seguro al dormirme de que no fuesen comparables con las que me reservaba la jornada siguiente.

FIN DEL TOMO PRIMERO